

La reconciliación del deseo *

Josep F. Mària Serrano, SJ

Profesor de ESADE

E-mail: pep.maria@esade.edu

Recibido: 17 de mayo de 2017

Aceptado: 11 de julio de 2017

RESUMEN: En distintas situaciones vivimos un desgarramiento entre lo que nos sale de dentro y la norma experimentada como exterior. Este desgarramiento es analizado a partir del concepto de *deseo*, que desplegamos en categorías psicológicas. Postulamos la reconciliación de este deseo como actitud que evita represiones o adicciones; y presentamos procesos concretos de reconciliación a partir del juego, la interpretación y el ritual. Procesos en que —por medio de un tipo particular de repetición— el *yo* se abre a otros sujetos, siendo testigo de la irrupción del Misterio.

PALABRAS CLAVE: Deseo, *ello*, *superego*, *yo*, reconciliación, jugar, interpretar, ritual, Misterio.

Introducción

“Ahora se espera de mí que trabaje, pero no me sale de dentro”. “Ahora se espera de mí que visite a un enfermo, pero no me sale de dentro”. “Ahora se espera de mí que haga deporte pero me sale de dentro tumbarme en un sofá”. En diversas ocasiones parece que vivimos un desgarramiento entre lo que creemos que otros esperan de nosotros y lo que nos sale de dentro.

Ante este desgarramiento hay dos extremos: reprimirnos o ceder.

Cuando reprimimos lo que nos sale de dentro, digerimos mal los sentimientos, y acabamos somatizando y desplegando conductas violentas también contra los demás o el medio ambiente. Cuando cedemos a lo que nos sale, la repetición mecánica de la búsqueda de placer reduce la intensidad de la satisfacción. Y nos vemos forzados

* El autor desea agradecer a Joan Morera, SJ la tarea de traducción al castellano de una versión avanzada del presente artículo.

a aumentar la dosis o la frecuencia del acto que lleva al placer. En el límite aparece la adicción, que degrada la propia salud, la dignidad de los demás y la salud del entorno natural.

¿Cómo vivir de modo que se reconcilien lo que se espera de nosotros y lo que nos sale de dentro en las distintas situaciones de la vida? En ciertas ocasiones experimentamos esta reconciliación. ¡Qué gozo cuando trabajamos en algo que nos gusta! ¡Qué maravilla cuando gozamos preocupándonos por los demás! ¡Qué suerte cuando encontramos un tipo de deporte que no nos cuesta y nos pone en forma!

Este escrito profundiza en este tipo de desgarros y reconciliaciones a partir del concepto de *deseo*. Definimos este concepto y ofrecemos tres opciones para trabajar las tensiones que palpitan en su interior: la represión, la cesión, y la reconciliación. Después describiremos procesos de reconciliación del deseo y extraeremos de ellos pistas para trabajar esta reconciliación. Las fuentes que utilizamos en este recorrido son la filosofía, la antropología, la psicología y las religiones.

El deseo

«La vida verdadera está ausente, pero estamos en el mundo». La dis-

tancia entre el mundo en que estamos y la vida verdadera nos pone en movimiento... aquello que nos empuja es *el Deseo*¹. El deseo es, pues, una fuerza que nos proyecta o impulsa hacia “la vida verdadera” –sea cual sea esta vida–². Esta fuerza desencadena la actividad de la conciencia que confiere sentido a las situaciones y actúa sobre ellas³. De hecho, el deseo se manifiesta a través de tres dimensiones de la conciencia: el *ello*, el *superego* y el *yo*.

El *ello* es “el sistema de motivaciones que agrupa a los representantes psíquicos de los instintos o pulsiones, y está regido por el principio del placer. Es básicamente inconsciente”⁴. El *superego* es “... la instancia de la personalidad representativa de la conciencia moral interiorizada, las normas y

¹ J. F. MÀRIA, *E. Lévinas: entre el deseo de pan y el deseo de Dios*, Institut de Teologia Fonamental, Sant Cugat del Vallès 1997, 14.

² Emmanuel Lévinas afirma que el deseo nos empuja hacia “lo totalmente Otro”. *Ibid*: deseamos otro Deseo. Etimológicamente, “deseo” viene de “*de-side-rare*: ‘tender hacia los astros’” (X. MELLONI, *El Desig esencial*, Fragmenta, Barcelona 2009, 13).

³ Cf. J. F. MÀRIA, *El jove, el guru i l’ocell*, Quaderns de Cristianisme i Justícia n. 162, Barcelona 2009, 17.

⁴ J. FONT, *Religió, psicopatologia i salut mental*, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, Barcelona 1999, 215.

las reglas, la autocrítica. Se origina a partir de las relaciones personales infantiles interiorizadas (objetos mentales). Representa las prohibiciones y también los ideales”⁵. Las normas, reglas, prohibiciones e ideales se transmiten en el individuo en los procesos de socialización⁶. Finalmente, el *yo* “actuaría como integrador de la personalidad total, y sería el mediador entre las pulsiones y la realidad. Estaría regido por el principio de realidad, más sujeto a la conciencia”⁷. Así, el *yo*, eminentemente consciente, es el mediador e integrador del *ello* y del *superego*.

El *ello* y el *superego* están íntimamente relacionados. De hecho, no solo deseamos en base al *ello* (las pulsiones) sino también en base a lo que nos han enseñado a desear (el *superego*)⁸. Pero esta íntima relación no implica armonía. Efectivamente, la experiencia cotidiana

nos permite hacer dos constataciones: primero, que hay desgarros entre *ello* y *superego*; y segundo, que el *yo* no armoniza fácilmente estos desgarros. En este sentido, muchos siglos antes de las caracterizaciones del subconsciente, Pablo de Tarso afirmaba: “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero: eso es lo que hago” (Rom 7, 19). Ante esta dificultad, las formas (conscientes o inconscientes) de trabajar el deseo se pueden clasificar en tres intentos: reprimir el *ello*, ceder a él o trabajar para reconciliar el deseo, reconciliando el *ello* con el *superego*.

Reprimir el ello

Como no controla el *ello* o le genera dolor, el *yo* se defiende intentando reprimirlo. Sea porque se considera malo o ilusorio⁹, el hecho es

⁵ *Ibid*, 218.

⁶ Cf. P. BERGER, *Introducción a la sociología*, Limusa, México 2002.

⁷ FONT, *op. cit.*, 215.

⁸ “La experiencia no es *posible* hasta que no es organizada icónicamente, la acción no es *posible* a menos que sea organizada icónicamente. El “registro cerebral” de toda cosa –de toda cosa viva– debe ser icónico. Es esta la forma *final* del registro cerebral, aunque la forma preliminar puede ser computacional o programática”. O. SACKS, *L'uomo che scambiò sua moglie per un capello*, Adelphi, Milano 1986, 188.

⁹ Los que consideran el *ello* malo acostumbra a ser deudores de una antropología dualista (la persona compuesta de cuerpo y espíritu separables el uno del otro) y maniquea (el cuerpo es malo). El deseo como ilusión que deforma la realidad es una idea que aparece en la tradición hindú: “El deseo, nacido del aspecto pasional de la materia, es voraz y pernicioso. Que sepas que este es el enemigo aquí en la tierra. Así como el fuego queda cubierto por el humo, y el espejo por el polvo, así como el feto permanece envuelto por la matriz, así la verdad esta encubierta por el deseo”. *Bhagavad Gita* (III, 37-38).

que el deseo es elaborado desde la represión del *ello*. Un ejemplo de la tradición budista de represión o destrucción del *ello* (formulado en término de “pasiones”) se encuentra en la obra de un maestro budista indio del siglo VII:

«He hablado con un insensato ignorando mi medida. Pero a partir de ahora me aplicaré sin descanso y sin vueltas a la destrucción de las Pasiones. Me aferraré a ello. Como un fiero guerrero perseguiré con todo mi odio cualquier pasión que no sea la de acabar con todas las Pasiones»¹⁰.

Esta cita muestra –irónicamente o inconscientemente– que es una paradoja acabar con todas las pasiones, porque se requiere pasión para destruirlas. La paradoja teórica se puede convertir, a nivel psicofísico, en una patología: la somatización. En efecto, los psicólogos incluyen represión y somatización en los mecanismos de defensa, es decir, en el “conjunto de operaciones mentales inconscientes que buscan suprimir o reducir lo que es percibido como peligro o como causa de ansiedad”¹¹. En la represión, “el sujeto rechaza, manteniendo en el inconsciente, pensamientos, sentimientos, deseos... etc., atados a una

pulsión”¹². La somatización es un “proceso por el que los conflictos psíquicos, ante la dificultad que se encuentra, se viven en la corporalidad para no experimentarlos en la vida mental”¹³.

Ceder al ello

Una alternativa a la represión del *ello* consiste en ceder a él: reducir la elaboración del deseo a una repetición de actos de cesión al *ello*. Según Denis Vasse, esta repetición u obstinación en la fruición conduce al vacío, a la insatisfacción:

«La repetición indefinida de la fruición debe esta obstinación al hecho de que *ella sabe que no es*, que la satisfacción descontada de ir hasta el fondo siempre es fracasada: abre al vacío porque el placer no se ha vuelto mediador de encuentro en verdad para uno y otro. En vez de que se realice el *exceso del deseo en un gozo compartido* –más allá del placer–, la tensión de la pulsión se hunde en el vacío. Es cierto que no hay vida sin placer, porque no hay vida de los sentidos fuera del juego de su actividad. Pero el placer tomado como un fin exclusivo deja el deseo desesperado: sin esperanza»¹⁴.

¹² *Ibid.*, 217.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ D. VASSE, *La vie et les vivants. Conversations avec Françoise Muckensturm*, Seuil, París 2001, 53.

¹⁰ SHANTIDEVA, *La marcha hacia la luz*, Miraguano, Madrid 2015, IV, nn. 42-43.

¹¹ FONT *op.cit.*, 216.

Notamos que Vasse señala la importancia del placer (“no hay vida sin placer”); pero advierte que la obstinada repetición de la fruición lleva al vacío, porque en el fondo el placer no es fin en sí mismo, sino mediador del encuentro con el otro. En los términos de nuestra definición de *deseo*, el placer es mediador del acceso a la “vida verdadera” que deseamos pero que está ausente cuando tomamos el placer como un fin en sí mismo¹⁵. En el límite de la ausencia o el vacío se encuentra la adicción: “[l]a *dependencia patológica* en relación con un objeto del que no puede privarse sin un gran malestar, al cual ha de volver reiteradamente y, en ocasiones, cuando ya no le satisface, intentar aumentar la intensidad de la posesión del objeto para apaciguar la ansiedad que siente al verse pri-

¹⁵ “Ciertamente, en su cumplimiento el deseo encuentra su sustancia: el concepto de real solo es posible para seres que desean. De aquí la fórmula de Lacan sobre la que vuelvo a menudo: ‘El deseo del hombre es deseo del Otro’. Cuando se pone una prohibición a la pulsión, a la espiral de fruición sin fin, el *yo* se orienta, no hacia el objeto a consumir, sino hacia el sujeto que el otro significa para otro sujeto, un otro significativo. Entonces la fruición se transforma en deseo de aquello que, en el otro, no es ni representable, ni objetivable, ni consumible, de aquello de lo *que carece*. El Otro es este lugar de llegada del deseo”. (VASSE, *op. cit.*, 48).

vado de *ello*”¹⁶. Las adicciones tienen consecuencias negativas, tanto para la persona como para su entorno humano y natural.

En la práctica, a veces alternamos la represión del *ello* (en el trabajo) con ceder a él (en el ocio). En realidad, somatizaciones y adicciones no se compensan, sino que se refuerzan: por ejemplo, el tratamiento puramente farmacológico de trastornos mentales se puede considerar una forma de represión del *ello* que puede acabar en una adicción a los fármacos¹⁷.

Reconciliar el deseo

La tercera opción es el intento de reconciliación que resulta de pro-

¹⁶ FONT, *op. cit.*, 202.

¹⁷ Desde un punto de vista sociológico, esta combinación se puede considerar funcional al capitalismo, pues promovería en una misma persona al trabajador eficiente porque reprime y al consumidor fiel –o adicto– porque la publicidad le empuja a ceder a su *ello* consumiendo. En este sentido, las izquierdas occidentales han sido poco conscientes de dicha combinación: «Es el desconocimiento, por parte de la vanguardia revolucionaria, de los procesos inconscientes coalescentes a los determinismos socioeconómicos lo que ha dejado a la clase obrera indefensa ante los mecanismos modernos de alineación del capitalismo». F. GUATTARI, *Psicoanálisis y transversalidad*, Siglo XXI, México 1976, 230.

cesos que superan los desgarros integrando *ello* y *superego*. Algunos psicólogos teorizan esta opción con el término “sublimación”: es el desplazamiento del objeto original al que se dirige la pulsión hacia un nuevo objeto que representa al antiguo sin perder sus características¹⁸. No se trata de reprimir la pulsión ni de ceder simplemente a ella, sino de desplazar el objeto de la pulsión hacia otro objeto que es más rico e incluye al primero. Por ejemplo, en el caso de la pulsión sexual, se trata de dirigirla, no simplemente a “un cuerpo que me satisfaga” sino a alguien que es un cuerpo, pero más que un cuerpo: una persona que también me desea y con la que puedo compartir algo más que la satisfacción de la pulsión. La pulsión se sublima en amor de pareja.

Este tercer camino es explicitado en distintas tradiciones religiosas. Por ejemplo, un maestro budista zen del siglo VII d.C. formula esta reconciliación en términos de plenitud del presente:

«La plenitud del momento presente es difícil de obtener: aquella plenitud que, cuando es alcanzada, satisface todas las aspiraciones de los seres humanos»¹⁹.

¹⁸ FONT *op. cit.*

¹⁹ SANTIDEVA *op. cit.*, I, 4.

Y Pablo de Tarso describe un proceso de transformación –inducido por la experiencia cristiana de resurrección– que comporta igualmente una reconciliación de las distintas dimensiones del deseo humano: «... es sembrado un cuerpo psíquico, resucitará un cuerpo espiritual» (1Co 15,44).

Pablo llama cuerpo psíquico (*soma psiquikón*) al *yo* (incluyendo el instinto designado por *soma*) en tanto que se vive como auto-centrado y que opera (desea) absorbiendo vida de su entorno (natural o social), depredándolo. En cambio, el cuerpo espiritual (*soma pneumatikón*) constituye la transformación (“resurrección”) del *yo* en el sentido que se descentra y opera (desea) irradiando vida-espíritu (*pneuma*) en su entorno²⁰.

Con todo, estas formulaciones no describen los procesos concretos de reconciliación del deseo. Y es que la reconciliación no se produce por el hecho de que el *yo* sea consciente de los desgarros y haga un acto de voluntad: es un proceso donde el *yo* se encuentra confrontado con la dificultad o la impotencia (cf. Rom 7,19 –citado

²⁰ J. I. GONZALEZ FAUS, *La Humanidad Nueva. Ensayo de Cristología*, Sal Terrae, Santander 1984, 155-157. Notamos que esta formulación huye del dualismo cuerpo-espíritu porque implica la palabra “cuerpo” en los dos momentos del proceso de transformación.

más arriba) y donde entran en juego distintos factores o actores. Por eso, en el siguiente apartado analizamos procesos que parecen alcanzar la reconciliación. En concreto, presentamos dos tipos de procesos: los que se relacionan con el juego y la interpretación, y los procesos vinculados con rituales de tradiciones religiosas.

Jugar, interpretar

En francés, alemán o inglés, hay un solo verbo para designar acciones que en catalán o castellano se designan con los verbos *jugar* o *interpretar*. Efectivamente, *jouer*, *spielen* o *play* significan al mismo tiempo *jugar* (a un juego, a un deporte) e *interpretar* (un papel en una obra de teatro o una partitura musical). Notamos que jugar/interpretar constituye un deseo, una actividad, que realizamos desde la infancia. El filósofo canadiense Charles Taylor afirma que solo somos humanos en tanto que “jugamos” (*play*). Jugar es un conjunto de actividades:

«... por las cuales creamos y respondemos a la belleza; y el verbo es escogido para significar la libertad gratuita y espontánea que falta en la imposición de la ley por la voluntad»²¹.

²¹ C. TAYLOR, *A Secular Age*, Harvard University Press, Harvard 2007, 358.

El juego, pues, huye de la imposición de la ley por la voluntad. En los términos que estamos utilizando aquí, el juego activa el *ello* y no lo reprime con una norma/ley exterior al *ello* impuesta por la voluntad. Pero si analizamos los distintos *procesos* de jugar/interpretar, nos damos cuenta de que integran relaciones humanas y naturales regidas por normas que, al menos inicialmente, se perciben como *impuestas*.

En efecto, en el terreno de juego, los jugadores se someten a un conjunto de normas que enmarcan la interacción, y que han sido repetidamente practicadas... bajo la autoridad de un entrenador al cual los jugadores se someten –no siempre espontáneamente–. Pero lo que satisface el deseo de los jugadores no es la sumisión a las normas, sino la realización de acciones que –sin saltarse las normas e interactuando con otros en el contexto natural– consiguen un determinado resultado: la diana, el gol, la victoria.

En el teatro, los actores se someten (no siempre espontáneamente) al texto de un dramaturgo, un escenario, un reparto y un director. La interpretación ante el público se da después de un tiempo largo de *repetición* de las distintas escenas: de hecho, en francés, el ensayo teatral o musical se denomina *répétition*. Pero lo que satisface el de-

seo de los actores, el escenógrafo y el director no es la repetición, sino la concepción y realización de acciones que transmiten –entre ellos y al público– la misma belleza e inspiración que cada uno experimenta.

En el auditorio, cada músico se somete (de entrada, con dificultad) a la partitura del compositor en interacción con los demás músicos y el director de orquesta. La interacción ante el público, una vez más, se produce después de un tiempo largo de ensayos o repeticiones. Pero lo que satisface el deseo de los músicos no es la repetición, sino una interpretación que transmite –en el interior de la orquesta y al público– la misma belleza e inspiración que cada uno experimenta.

En los tres casos, el proceso consiste en la emergencia –en el seno de la repetición de acciones guiadas por normas del juego, textos o partituras– de una acción inspirada por la “libertad gratuita y espontánea” (Taylor). Acción en la cual los propios jugadores/intérpretes y el público reconocen belleza y autenticidad.

La fuerza interior que guía a los jugadores/intérpretes durante el proceso incluye en parte la represión del *ello*, y en parte la promesa de la reconciliación que testifican el equipo y los maestros: han experimentado la belleza, la auten-

ticidad o la inspiración, y por eso acceden al esfuerzo del ensayo/repetición. Hasta que llega el momento de la irrupción de la libertad gratuita y espontánea. Entonces, la fuerza que les impulsa a todos a actuar ya no es el mero *ello* individual, porque ha incorporado normas, texto, partitura; y ha armonizado el *yo* en la interacción con otros “*yos*”. Esta fuerza es el deseo reconciliado²².

Rituales

Las religiones ofrecen un conjunto de rituales –o acciones de culto– que tienen como finalidad explícita la transformación de los que los practican. Martín Velasco describe estos rituales:

«[Los] componentes [de las acciones de culto] son los de todas las acciones humanas: acciones, gestos, palabras. Estos componentes se encuentran inscritos en un clima especial determinado por esta ruptura de nivel producida por la aparición del Misterio, que confiere una tonalidad afectiva y emocional distinta al sujeto. En ocasiones, este clima da lugar o es “fomentado” por determina-

²² El filósofo germano-coreano Byung Chul Han ha inspirado nuestro análisis en su descripción del proceso que lleva del andar a la danza. Cf. B. C. HAN, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona 2012, 34-37.

das acciones o sus modalidades: cantos, danzas, ornamentos... etc. Pero este fenómeno exterior complejo debe estar habitado por una disposición interior que consiste fundamentalmente en el reconocimiento del Misterio y que puede traducirse, según los estados de ánimo y las circunstancias, en adoración, alabanza, acción de gracias, petición, etc.»²³

La ruptura de nivel de la que habla Martín Velasco se corresponde, en nuestro argumento, con el tránsito desde la vivencia del desgarrar a la vivencia de la reconciliación del deseo. La ruptura de nivel se opera por “la aparición del Misterio, que confiere una tonalidad afectiva y emocional distinta al sujeto”. El autor remarca que los rituales (cantos, danzas, ornamentos) son al mismo tiempo causa y efecto de la aparición del Misterio: constituyen invocaciones del Misterio (por ejemplo, en forma de petición), pero son también resultado de la aparición del Misterio (por ejemplo, en forma de alabanza o acción de gracias). En cualquier caso, el culto como acción exterior (normas) debe ir acompañado de un reconocimiento del Misterio en forma de disposiciones interiores (adoración, alabanza, gratitud, petición...).

²³ J. D. MARTÍN VELASCO, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1973, 161.

En este sentido, las tradiciones religiosas advierten del peligro de hacer de los rituales una mera sumisión a normas, vacíos de actitud. Así, el Taoísmo advierte:

«Los ritos no son sino la cáscara de la sinceridad y de la lealtad, y el comienzo del desorden». (*Daodejing* n. 38).

Este espiral entre las disposiciones interiores y los ritos exteriores exige —según las tradiciones religiosas— una práctica repetida. No se trata de una repetición automática (como la obstinación de quien cede al *ello* o lo reprime), sino de una repetición que permite al *yo* ir interiorizando los valores y las actitudes incorporadas en los gestos exteriores, de modo que vaya accediendo a la reconciliación. Por ejemplo, la tradición islámica ofrece una formulación sugerente de esta reconciliación: las prácticas rituales (“Sharia”) y la experiencia interior (“Sufismo”):

«Todo aquel que practica el sufismo sin aprender la sharia corrompe su fe; mientras que todo aquel que aprende la sharia sin practicar el sufismo, se corrompe a sí mismo. Solo aquel que combina ambos consigue su objetivo» (Imam Malik).

La tradición cristiana también describe un proceso de reconciliación del deseo en uno de sus textos centrales: la parábola del hijo pródigo

(Lc 15,1-3.11-32). Efectivamente, el hijo pequeño pide la herencia y se marcha de casa para ceder al *ello* (vida disoluta, prostitutas, contacto con animales impuros...). Mientras tanto, el hijo mayor trabaja con el padre reprimiendo su *ello* en nombre de una norma que experimenta como exterior (“Hace muchos años que te sirvo sin desobedecer nunca ni uno solo de *tus* mandamientos...” v. 29a), y deseando alternar represión con cesión al *ello* (“... y tú todavía no me has dado un cabrito para festejar con *mis* amigos.” v. 29b). Estas actitudes sitúan a ambos fuera de la casa del padre: al menor volviendo del país lejano, al mayor volviendo del campo. Y es el padre quien sale para invitarles a entrar en casa —lugar simbólico de la reconciliación del deseo por medio del reconocimiento efectivo y gratuito de su filiación y fraternidad. Este reconocimiento pasa por los rituales del calzado, el vestido y la imposición del anillo (para el hijo menor), pero sobre todo por el ritual de la fiesta —en la que el hijo mayor no parece querer participar. Es necesaria, pues, la “irrupción” (Martín Velasco) del padre en el ámbito exterior a la casa donde los hijos se consideran jornaleros. Es necesaria la fuerza (el Espíritu) de la relación paterno-filial y fraternal —tal y como la vivía y proponía Jesús de Nazaret (vv. 1-3)— para acceder a la reconciliación del deseo. Una reconciliación/resurrección

que Pablo de Tarso ha formulado —como hemos señalado más arriba— en términos de transformación desde un cuerpo psíquico a un cuerpo espiritual (1 Co 15,44).

Conclusión

A partir de una caracterización psicológica del deseo, hemos argumentado que cuando el placer es buscado como finalidad en sí misma, degenera en adicción/perversión; y cuando la norma es obedecida como exterior, degenera en somatización y represión. Pero existen experiencias humanas en que el *yo* consigue enmarcar el *ello* en una interacción (regulada por normas) con otros sujetos que reconcilia el deseo. Procesos como el juego, la interpretación y el ritual muestran que es necesaria la repetición propia del entrenamiento, los ensayos o la repetición ritual para que se produzca la reconciliación. Pero no se trata de repeticiones del *yo* cerrado en sí mismo, como la de quien se obstina en la cesión al *ello* o en su represión. En efecto, a lo largo del proceso los demás pasan de ser *objetos* de uso del *ello* a convertirse en *sujetos* (otros *yos*) que modifican la percepción del *yo* en relación a la situación compartida y al papel que este *yo* debe jugar en ella. La norma, inicialmente percibida como re-

presora del *ello*, es internalizada en esta percepción ampliada; y su cumplimiento consume menos energía porque ha irrumpido una energía reconciliadora: la energía que irradia la belleza de la interpretación musical o teatral; la energía que irradia la precisión o el éxito de una jugada; la energía que irradia la unión entre los que practican el ritual. Es la energía que irradia “la vida verdadera” deseada en su irrupción en el mundo (E. Lévinas), o de la “aparición del Misterio” que conecta “fenómenos exteriores complejos” con “disposiciones interiores de reconocimiento del Misterio” (Martín Velasco).

Más allá de la interpretación, el juego o el ritual, postulamos que esta dinámica reconciliadora se puede desplegar en circunstan-

cias distintas de entorno natural, actores, actividad y normas. Así, por ejemplo, el trabajo se puede reconciliar en una profesión vivida como vocación²⁴. O bien “todos los actos de la vida pueden convertirse en acciones de culto”²⁵. O, en términos ignacianos, las diversas actividades vitales pueden convertirse en práctica o “ejercicio espiritual”²⁶.

Finalmente, pues, anunciamos la posibilidad del gozo de trabajar; de gozar ocupándonos de los demás; o de practicar un tipo de deporte que no nos agote. Pero anunciamos también que la reconciliación del deseo requiere el ensayo, el entrenamiento o la repetición abiertos a la irrupción de otros sujetos y del Misterio en un nuevo ámbito de “vida verdadera”. ■

²⁴ Véase el análisis de la dinámica reconciliadora alrededor de la vocación profesional según R.M RILKE en J. F. MÀRIA, *El jove, el gurui l'ocell...*, op. cit., 9-11.

²⁵ J. D. MARTÍN VELASCO, op. cit., 161.

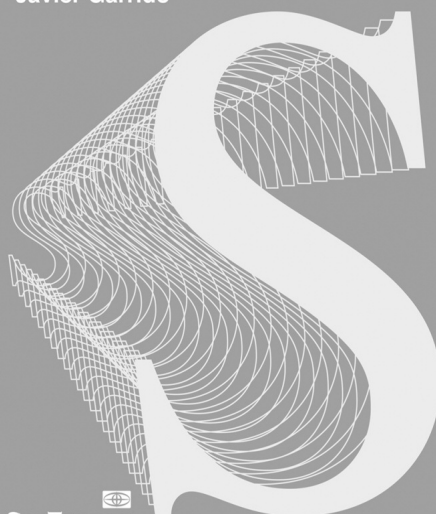
²⁶ Ejercicios Espirituales [1] en *Obras de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid 1991, 221.

SALTERRAE

Sobre la muerte y el más allá

Consideraciones cristianas

Javier Garrido



JAVIER GARRIDO

Sobre la muerte y el más allá

Consideraciones cristianas

Más información, en
www.gcloyola.com

Todavía hay cristianos que, herederos de cierta educación, viven altamente preocupados por el dilema entre condenación y salvación. Los hay también que han prescindido de estos temas. Y es que prácticamente han desaparecido de las catequesis y de la predicación. En *Sobre la muerte y el más allá*, el autor, consciente de la necesidad de replantear el asunto, desarrolla estas *Consideraciones cristianas* en perspectiva principalmente existencial, combinando sapiencialmente la reflexión teológica, espiritual y pastoral.


GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
